

CAPITULO IX.

La cabaña del indigena en el monte de nopal y el zapatero de Araya.

—¡Qué noche tan deliciosa! dijo Humboldt, dirigiéndose á Bonpland, mientras el bote en que se habia embarcado para hacer una excursion á la península Araya, se deslizaba suave y silenciosamente sobre el rio de Manzanares. Oh! estas noches de la América Central, son en verdad deliciosas! Ved, Bonpland, estes innumerables enjambres de insectos relucientes, (*Elater noctilucus*), que llenan el espacio semejante á millones de estrellas, brillando en el suelo, cubierto con *sesuvio* y en los arbus-

tos de mimosos. ¡Qué son ellos comparándolos con nuestras luciérnagas europeos! La impresion que hacen es nada respecto de esta vista encantadora. Ved, ved; no se os figura que el espectáculo que ofrece la bóveda celeste, se repite ahora sobre la tierra, sobre las aguas del rio, en todo el bosque y en la inmensa llanura?

—Así es! dijo Bonpland con tono monótono; quien apenas habia oido lo que dijo Humboldt, y ménos habia prestado atencion á este magnífico espectáculo.

Tambien Humboldt guardó silencio sumergido en la contemplacion de la noche deliciosa; pues por grande que fuera la multitud de saber que habia aumentado su cerebro, considerando con génio profundo aún el fenómeno mas insignificante de la naturaleza; conservó siempre un vivo sentimiento por toda belleza natural, y muy lejos del parecer de la mayor parte de los sábios, que esclusivistas orgullosos de saber, y llenos de amor propio, creen, que el saber y la investigacion de la naturaleza, escluyen todo goce de la misma.

El espíritu de Alejandro sobresalia como un gigante entre esos pigmeos esclusivistas que forman la aristocracia del saber. Tenia una naturaleza incorruptible, y con todo su inmenso saber no dejaba de ser humano; considerando su sabiduria y los conocimientos como un don y adorno del hombre, como una magnífica flor y fruto de su inteligencia.

La vista de la naturaleza le proporcionaba siempre un goce positivo, elevado independientemente á la com-

petencia de sus fuerzas. En este impulso interior habia para él una fuerza misteriosa, que ejercia una influencia elevada y vivificante en su espíritu, cuando comenzaba á cansarse por el peso de sus trabajos; tranquilizaba su ánimo, al estar conmovido dolorosamente y su alma cuando alguna vez le dominaban pasiones, á él, en otras ocasiones tan reposado y filósofo. Conoció perfectamente y con una claridad filosófica, por origen de este gozo puro y sencillo de la naturaleza: el sentimiento instintivo de un órden superior y de una regularidad en todo lo existente; la conciencia de que en las particularidades del organismo se refleja siempre la generalidad, y la certidumbre victoriosa, de que un lazo comun y eterno ligaba á toda la naturaleza viviente. (1)

Tambien esa noche estaba Alejandro de Humboldt gozando de la naturaleza, y en verdad, le dió bastante motivo para esta clase de goces, el país de sus ensueños y de sus deseos mas ardientes que se habian cumplido.

Cuando un viajero ve por primera vez los bosques del Sur de América, se le presenta la naturaleza en un aspecto sorprendente. Sus alrededores son poco á propósito para recordarle las descripciones que han hecho viajeros célebres de las riberas del Mississippi de la Florida y otras regiones templadas del Nuevo Mundo. Pero en

(1) Cosmos: part. 1.^a pág. 6 y siguiente.

el Sur de América, siente el viajero á cada paso que no se encuentra en el extremo, sino en el centro de la zona tórrida. No sabe lo que causa mas su admiracion, si el silencio sublime de la soledad ó la belleza de cada una de las formas diferentes unas de otras, ó aquella frescura de la vida vegetal, que distingue el clima de los trópicos. Se puede decir que el suelo cubierto de abundantes plantas no tiene bastante lugar para el desarrollo de ellas. En todas partes están cubiertos los troncos de los árboles con una alfombra verde y densa.

Quien quisiera trasplantar con cuidado las plantas de cochinilla, de pimienta y otras que nutre una sola higuera americana, podria cubrir con ellas una gran porcion de terreno. Las mismas enredaderas que se arrastran en el suelo, suben tambien á los árboles y extienden sus vástagos hasta una altura de cien pies.

¿No era esto bastante á un Humboldt, para entregarse á un goce tranquilo y á serias reflexiones?

Fero las escenas se cambiaban una tras otra. En el momento en que el bote bajaba al rio, pasando por los ingenios, se distinguian una multitud de lumbreras. Humboldt lo hizo notar á Bonpland, que meditabundo y triste, estaba sentado en la proa del bote.

Preguntados por Alejandro los dueños del bote, que eran de la tribu de los Caymas, que significaba aquello, le informaron que eran luminarias que encendian los negros de los ingenios inmediatos.

Columnas de humo se elevaban hasta las puntas de las palmas, dando al disco de la luna un brillo rojizo.

Era la noche de un domingo, y los esclavos bailaban con frenesí al son de una música monótona.

Lo característico en los pueblos africanos, de raza negra, es una perpetua movilidad y jovialidad. Después de haber trabajado el pobre esclavo toda la semana, día por día, desde la salida del sol hasta su puesta, le gusta más bailar los domingos que descansar.

Humboldt, al ver este espectáculo, se entristeció, porque una alma tan grande y noble como la suya, no podía comprender la codicia en que se funda el tráfico escandaloso de hombres, la esclavitud; aquella codicia despreciable que está en contradicción abierta con los deberes del hombre, el honor nacional y las leyes de la humanidad, y que no se deja perturbar en sus despreciables especulaciones, á pesar de la maldición y el desprecio de todo el mundo,

Y sin embargo ¿no se debía dar gracias á la naturaleza por haber dotado á estos pueblos de una indolencia y propensión hácia los placeres salvajes? Pues por esto se suaviza en algo su vida llena de dolor y sufrimiento.

Humboldt habló sobre este tema con Bonpland; pero este, tan platicador otras veces, apenas respondió. Se había acostado sobre una piel grande de jaguar, que se hallaba estendida sobre el barco, para que los viajeros pudieran descansar de noche, y allí parecía poseído de un gran dolor.

Humboldt se le acercó, se sentó á su lado y le preguntó con verdadera solicitud, la causa de su tristeza.

Bonpland trató al principio de atribuir su mal humor á una indisposición corporal, pero Alejandro no quedó satisfecho con esto.

Con mucho cariño suplicó á su amigo el que le comunicará la causa de su molestia. ¿Quién le hubiera podido resistir?

La noche era muy silenciosa, el corazón del amigo que palpitaba junto al suyo, no por pura curiosidad, sino para sobrellevarle; para consolarle, era tan grande, tan noble, tan sincero. Por este motivo Bonpland no se pudo rehusar por más tiempo, y contó á Humboldt todas sus relaciones con Nunu: de que modo le había conocido, sus visitas en la pequeña huerta, su amor, su último encuentro con ella cuando le contó la leyenda india de la «flecha volante» y del «ojo matutino»..... y que desde aquella noche había desaparecido.

Al principio Humboldt no manifestó aprobación á estos amores ¿á que conducían? Pero tuvo mucha lástima por su amigo, en cuyas venas corría al fin la sangre ardiente de un joven.

¿Pero Nunu qué se había hecho?

Tampoco el gobernador lo supo, su esposa estaba muy afligida porque Nunu había sido la favorita que le había deleitado por muchas noches con sus cuentos; pues la niña era conocida de todos por la gracia que tenía de contar cuentos.

D. Vicente Emparan solo habia sabido, que un anciano y un jóven habian estado cerca de su casa; probablemente eran el padre y el pretendiente de Nunu. Además se habian tomado todas las providencias; para buscarla, por que era propiedad del gobernador.

La compasion de Humboldt hácia Bonpland se aumentó al comprender que el amor de este para con Nunu no era un pasatiempo, como lo habia creído al principio; pero Aimé demostró en esta ocasion verdadero sentimiento y sincero dolor, tanto que Humboldt cambió de opinion. Acaso era todo excéntrico en Bonpland, conforme al carácter nacional, lo mismo que su intencion de querer comprar á la jóven para educarla á su gusto..... pero en esta ocasion sufrió mucho, su corazón se afligió por creer que perdía la felicidad de su amor. ¿No era esto suficiente para que el alma noble de Humboldt hiciera todos los esfuerzos en consolar á su amigo?

No hay mejor bálsamo para tales heridas, que la conciencia, de que un fiel y compasivo amigo haya sufrido golpes semejantes del destino. Aunque las heridas no cicatricen luego, el malestar que causan se hace soportable si se sufren con un amigo. Y esa silenciosa noche el avance pausado del bote, que se movia sobre las aguas casi inmóbles del rio sin hacer el menor ruido, así como el brillo de las estrellas, que inspiraba confianza; y el sentimiento que liga á dos amigos que están juntos en

un país lejano..... ¿no debía todo esto unir sus corazones y estrecharlos más?

¡Ay! el hombre debe tener al ménos un corazón amigo que sienta con él en la dicha y en el dolor, si en medio de la creacion regocijada no quiere hundirse en la soledad mas penosa de la existencia!

Alejandro de Humboldt estrechó la mano de su amigo, y le dijo:

—«La circulacion mas ó menos violenta de la sangre, ejerce indefectiblemente influencia sobre el ánimo, y se debe tener en cuenta al juzgar á otros, que una de las mas bellas cualidades del hombre y un don del cielo que le distingue de las otras criaturas del universo, es la circunstancia de que pueda detener y dominar siempre todo influjo del exterior por fuerte que sea, por medio de la fuerza de la voluntad. Creedme, amigo mio, lo que vos experimentais, me ha pasado tambien á mí, y aun en mayor grado. Tambien yo he sufrido como vos lo que ahora sufris, y sin embargo, he logrado restablecer mi reposo, y elevarme á la perfecta independencia y firmeza de un hombre libre.»

En seguida, en el silencio de la noche, contó Alejandro á su amigo lo que no hubiera confesado á nadie en su patria: su amor por Cecilia.

Bonpland escuchó con interes su relato, y el ejemplo de su amigo le llevó hasta un desprendimiento viril. ¿Qué era su amor en comparacion con el de Alejandro

Casi se avergonzó; esto y la secreta esperanza de encontrar en esta excursion á Nunu, le hizo volver á su á antiguo carácter.

Al siguiente dia pareció Bonpland ser el de antes. Mas que todo, venció á los tristes recuerdos, la sed de saber y la tendencia hácia la investigacion. El apasionado francés hacia todo con pasion y para moderar su dolor le era benéfico el trabajo intelectual.

Las colinas de Araya y sus alrededores, la multitud de nuevas plantas que allí encontró, así como las operaciones geodésicas, que emprendió en union de Humboldt, le proporcionaban suficiente distraccion. Y aunque la imágen de Nunu no desaparecia en su corazon, y no acallaba el dolor por su pérdida, el trabajo lo moderó, y le avivaba la esperanza de volverla á ver un dia.

Esta esperanza le acompañaba á cada paso, precisamente cuando se dirigia hácia las rancherías de los indios. Los zambos libres vivian esparcidos entre estos, de manera que no hubiera sido difícil encontrar allí la huella de Nunu.

Muchas dificultades tenia que vencer, pero esto era provechoso para Bonpland, porque le distraian del objeto de sus dolores y daban á su actividad una nueva direccion.

El camino que les conducia por cordilleras y veredas á la playa del mar, era bastante molesto. Al penetrar mas en el interior, comenzaron á encontrar vívoras de cas-

cabel y tigres, (felis onza) algunas veces tan grandes como el tigre real.

Pocos dias ántes habian matado uno de estos animales á la entrada de una aldea de indios, Maniquares. El tigre habia quitado durante la noche una tabla de una caballeriza, y como no pudo entrar adentro de ellas, quebró de un solo golpe el hombro de una vaca. Al bramido de este animal acudieron los indios; uno de ellos cargó un fusil con tres balas y le mató de un solo tiro. Media diez piés desde la punta de la cola hasta el hocico.

Los viajeros necesitaban por consiguiente, caminar con mucho cuidado, paciencia y perseverancia varonil; porque el sol era tan fuerte, y el suelo reflejaba el calor con tanta intensidad, que solo podian caminar con mucha lentitud. Tambien equivocaron el camino, á pesar de su guia, de manera que tuvieron que andas dos veces parte de lo que habian andado.

Humboldt y Bonpland se hallaban muy cansados, y ya comenzaba á anochecer. Al fin creyeron distinguir á lo lejos una aldea de indios. Se volvieron á reanimar mas y mas se acercaban á las masas oscuras..... ya estaban muy cerca..... cuando los dos prorumpieron en un grito de doloroso desengaño..... se encontraron al frente de un monte de nopal.

Para rodearlo no alcanzaban ya sus fuerzas; penetrar en él no era posible; ni aun el guia que habia sido contratado conocia el camino: no sabian que hacer. Además,

oían los aullidos del jaguar y el silbido de las víboras de cascabel. También se presentaban el hambre y la sed, pues ni Humboldt ni Bonpland habían tomado alimento alguno, por haber enviado á otro sirviente que habían contratado, que llevaba los comestibles á un punto, al cual creyeron haber llegado en la misma noche.

Les esperaba una noche penosa, llena de peligros... cuando repentinamente percibieron sonidos extraños. Ambos viajeros se pusieron en acecho..... era una canción mística, cantada en lengua española con una voz de falsete que se oía del interior del monte de nopal.

Humboldt y Bonpland se miraban estupefactos.....

La canción continuaba.

Con un trino extraño acabó la estrofa.

Solo en los labios de Bonpland apareció una ligera sonrisa, á pesar de su mal humor.

—¡Por Dios! dijo: esto es maravilloso. ¿Qué hace Saul entre los profetas? ¿Cómo ha llegado una alma piadosa á este monte lleno de tigres y serpientes venenosas?

Otra vez se oía la canción.

—Será un misionero, dijo Humboldt. De todos modos vamos á ver si podemos llegar hasta él.

—Descargaré mi pistola de bolsa, dijo Aimé con vivacidad; y ya tenía preparada la arma para tirar.

Humboldt le detuvo.

—Dejad esto, amigo; dijo con moderación.

—¿Por qué? preguntó con impaciencia el joven francés.

—Porque nos pudiera perjudicar mas que sernos útil.

—No comprendo.....

—A mí me parece que el cantor oculto, es mas bien un hombre pacífico que un valiente. Es fácil que el tiro le aterrorice y que huya ántes de que podamos encontrarle.

Se repitió el trino del final del segundo verso.

—¡En efecto! dijo Aimé bajando la pistola; creo que teneis razón. La voz no parece ser de un valiente. ¿Pero de qué modo nos acercáremos al hombre para hacernos notar de él?

Comenzó la tercera estrofa.

—Vamos á examinar el monte mas de cerca. Si hay un hombre en su interior, es fuerza que haya por donde entrar.

—Pero es fácil que la entrada esté al lado opuesto.

—Puede ser; pero nada nos cuesta buscarlo á este lado.

Ambos viajeros comenzaron entonces á buscar la entrada; lo mismo hizo el guía.

Adentro seguía el canto.

—¡Albricias! dijo Bonpland, he allí una entrada aunque estrecha y peligrosa..... pero bastante para poder entrar?

El canto había cesado..... Humboldt, Bonpland y el guía, no reflexionaron por mucho tiempo y agachándose demasiado, se metieron por el portillo estrecho.

Hubo muchos rasgores en los vestidos, muchos piquetes dolorosos de las espinas del nopal; pero que importaba esto á los viajeros, que además de la necesidad apremiante, eran llevados por la originalidad de esta aventura.

Repentinamente se ensanchó el camino y se encontraron con sorpresa en una grande playa circular que estaba cercada á su alrededor con las plantas depintura original de los órganos, que formaban en parte el monte. En medio de esta playa había una cabaña. Todo estaba en silencio..... nada se apercibía que indicara el lugar de los cantos místicos.

La hambre, la sed y el cansancio no incitan al hombre par abuscar aventuras: Una frugal cena, una agua fresca y un lugar donde descansar la noche, era todo lo que deseaban los viajeros, y que tuvieron la fortuna de encontrar.

En la cabaña había una familia india, que los recibió con mucha hospitalidad, tan comun en aquellos países. Les ofrecieron gustosos pescado, plátanos y cosas seme-

jantes, y lo que fuera de esto se prefiere en los trópicos á todo lo demás: excelente agua. Sobre pieles de tigre durmieron luego en el resto de la noche.

Al levantarse fortalecidos Humboldt y Bonpland al dia siguiente, ya había salido el sol. Se sorprendieron al ver que la cabaña en que habían pasado la noche, hacia parte de una multitud de otras, situadas junto á unas salinas. Eran los restos de una grande aldea que había rodeado ántes el castillo de Araya, en aquella época ya en ruinas. El monte de nopal formaba un espacio de baluarte, en forma de semicírculo de bastante extension. No léjos de las ruinas del castillo, había otras de una antigua iglesia, enterradas en la arena ó cubiertas con arbustos.

Despues de haber sido destruido en el año de 1712 el castillo de Araya, los indígenas que vivian en sus alrededores, emigraron poco á poco á Maniquarez, Cariaco y un barrio de Cumana. Unos pocos habían quedado por el cariffo que tenían á sus hogares. Entre estos se hallaba la familia de indios, que recibió con tanta hospitalidad á los dos viajeros. Pobre en extremo, vivía esta gente solamente de la pesca y de unas pocas cabras; pero muy contenta, de manera que lo fué muy extraña la pregunta de por qué no tenían huertas para cultivar legumbres y otras cosas?

—Nuestras huertas, contestaron, están al otro lado del golfo, llevamos pescado á Cumana y con el producto de

su venta compramos lo que necesitamos: juntamos *coco* y *yuca*. [*Yatropa manihot* L.]

—Necesidades muy modestas, exclamó Humboldt al oír esta respuesta, dirigiéndose á Bonpland. ¿Qué se diría en nuestro país de esto?

Pero Aimé no había oído sino á medias: iba á visitar los pocos restos de la aldea con el objeto de ver si descubría las huellas de Nunu. Humboldt por su parte preguntó por el hombre que había oído cantar la noche anterior. El dueño de la cabaña le señaló otra en las cercanías, con señales de estimación por su dueño á quien Humboldt tenía deseo de conocer.

Al acercarse á la cabaña indicada, que consistía en algunas estacas afianzadas en el suelo, cubiertas con hojas de palmas, se ofrecía á su vista un espectáculo muy extraño.

Delante de la cabaña, que no se distinguía en nada de las indígenas, estaba sentado sobre los restos de las ruinas en una magnolia, un anciano de color blanco, y de un exterior muy estenuado.

Unos pocos cabellos blancos cubrían su cráneo, la mirada de sus ojos muy salientes tenía algo de estúpido, y sin embargo, algo que parecía decir á todo el mundo: «mírame bien, porque en mí esta representada la sabiduría humana.» Con esto armonizaba perfectamente la expresión de una independencia seria de sus facciones, y cierta gravedad que indicaba el origen español, que se notaba en todos sus movimientos. Naturalmente forma-

ba este indestructible orgullo un contraste notable con las mejillas hundidas por los cuidados, y el miserable vestido, que con las piernas desnudas, consistía en un camisa vieja de color gris, y un par de pantalones también muy usados.

Este buen hombre era zapatero, que había tenido la feliz ocurrencia de querer ejercer su profesión en un lugar en donde ningún mortal llevaba ni zapatos ni otros calzados.

Al acercarse Humboldt, estaba ocupado el zapatero de Araya con un trabajo en apariencia muy bélico. Con la gravedad de un filósofo alemán y la grandeza de un rey de España, estaba sentado estirando la cuerda de un arco y haciendo flechas, no sintiendo la aproximación de un extraño.

—Buenos días, anciano, le saludó Humboldt.

El sábio oráculo de la aldea (porque esto era en efecto) pues sabía que se formaba la sal por la influencia del sol y de la luna llena; conocía los presagios de un temblor, las señales en las puntas en donde se encontraba el oro y la plata y las plantas medicinales, que clasificaba en *calientes y frías* (1); el sábio oráculo dijimos, levantó su vista al escuchar el saludo de Humboldt en la lengua castellana, pero lo hizo tan reposado y lleno de dignidad, como si quisiera demostrar que á él, el hombre de saber, nada podía sorprender.

[1] Plantas irritantes y calmantes, *esténicas* y *asténicas* segun el sistema de Brown. Viajes á las regiones, tom. I pág. 339.

Después de una larga é investigadora mirada, que hubiera hecho honor á un gran inquisidor, saludó y dió la bienvenida al extranjero.

Humboldt comenzó á interesarse por este hombre original y le dijo:

—Buen anciano, muy temprano comenzais vuestras trabajos, según parece.

—«Mano trabajadora dominará,» contestó el zapatero en tono sentencioso, aunque ni su figura ni lo que le rodeaba indicó que esta palabra de la escritura se había de cumplir en su persona.

—¡Oh! contestó Humboldt, supongo que no tenéis intenciones ambiciosas! ¿ó intentais acaso salir con arco y flecha, para conquistar el mundo?

—Solo quiero matar pájaros, contestó el hombre con calma.

—¿Pero, por qué no haceis mejor uso de la pólvora y del plomo, y de una arma de fuego? preguntó Alejandro.

—¿Por qué? repitió el zapatero, notándose en sus facciones cierto orgullo hermanado con tristeza. En efecto es una vergüenza que la pólvora europea sea aquí tan cara, que un hombre como yo necesite servirse de las armas de los indios.

—¿Pero qué os incita á cazar? preguntó Humboldt, ¿no sois zapatero?

—De profesion, sí, y de nacimiento castellano, dijo el viejecito, con gravedad y orgullo, además, para esta

gente soy todo; pues soy juez, sacerdote y médico en una persona, nada emprenden de importancia en diez leguas en el rededor, sin que se me pida consejo, á mí, el zapatero de Araya.

—Me alegro mucho de haber encontrado luego á mi llegada al Nuevo Mundo á un hombre tan sábio, que nos puede ayudar con sus consejos y sus experiencias.

—Puedo decir con la escritura, «el Señor me ha dado una lengua sábia,» dijo el zapatero con la gravedad de un Salomon. ¿Sois acaso médico ó minero? en ese caso os puedo ser útil, pues conozco todas las plantas *frías y calientes*, y sé además donde se encuentran la plata y el oro.

—¿Si sabeis en donde se encuentran estos metales en el seno de la tierra, por qué no los sacais?

—«No juntareis tesoros sobre la tierra, que el moho y la polilla destruyen,» contestó el zapatero con gravedad.

—Veo con sorpresa que sois tambien filósofo.

—«La sabiduría es un don de Dios.»

—Pues no es malo hacerse agradable la vida. Os ha de faltar mucho en vuestra edad.....

—Señor, le interrumpió el zapatero, no necesito más de lo que posco. Mi arco me procura pájaros para comer; es verdad que con pólvora y plomo mataria mas, y esto sería mas digno de un hombre como yo... pero tambien, paso sin ellas. Pescado da el mar con abundancia; plátanos y cocos tengo en Cumana, tenemos aquí buena

agua en abundancia, y esta cabaña me proporciona sombra en el día y abrigo en la noche.

—¡Hombre feliz! exclamó Humboldt, aunque sabia muy bien que se ocultaba tras de esta sencillez y contento candoroso, un carácter lleno de pereza.

—¿Y no tenéis ningún deseo? preguntó Humboldt.

El zapatero reflexionó un instante, después levantó su cabeza, que parecía la de una momia y dijo con dignidad:

—Tengo uno.

—¿Y cuál es?

—Deseo tener un asno muy fuerte, que sea capaz de traer una buena carga del embarcadero hasta aquí. (1)

Una sonrisa se notó en los labios de Humboldt: este era por consiguiente el deseo más grande de este hombre. ¡Oh! ¡cuán diferentes son las aspiraciones de los hombres! ¡Cuán diferentes las ideas de felicidad y dicha.... ¡Cuán modestos son los deseos de muchos!

—¿Y quién sois? preguntó luego el zapatero de Araya á Humboldt, con la misma mirada y en el mismo tono, con que el profesor de una universidad habla á un estudiante, pobre, recién llegado, que le pide el permiso de tomar parte gratuitamente en sus lecciones orales.

—No soy más que un viajero que trata de investigar y conocer las innumerables maravillas de la naturaleza,

(1) Hecho positivo. Viajes etc., tom. I., pág. 140.

con que Dios ha bendecido estas regiones, contestó Humboldt con una sonrisa apacible y á la vez sarcástica.

—Muy bien, dijo el castellano con gravedad; habeis encontrado en mí al hombre que necesitáis. Ya comprendo..... os habrán informado en Cumana del zapatero de Araya que llaman allí «el filósofo de la montaña.» ¡Vaya!..... ya comprendo, no es más que envidia porque conozco los depósitos de oro que no quiero descubrirles; pero á vos no solo os los descubriré, sino que os los enseñaré personalmente, porque, señor, me habeis caído en gracia..... sois amable y modesto y sabeis estimar el mérito.

Humboldt se inclinó sonriendo.

—Pero, señor, ¿sabeis lo que es la verdadera riqueza de estas comarcas?

—Sí, y no me equivoco, dijo Humboldt; esta isla junta con las de Margarita, Cubagua, Coche, Punta-Araya y la desembocadura del río de la Hacha, ha sido célebre desde el siglo XVI, por la pesca de perlas, tanto como lo eran en la antigüedad, según Strabo y Plinio, el golfo de Persia y la isla de Taprobana.

Estas palabras hicieron un efecto sorprendente en el zapatero de Araya, pero no perdió por eso su calma y su gravedad.

—Me alegro, dijo, que hayais sabido algo de estas cosas.